

Siete narrativas en torno a la metrópoli de Guadalajara

Seven Narratives Around the Guadalajara Metropolis

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Felipe González Ortiz

Resumen

El artículo muestra, mediante siete narrativas (una Organización de la sociedad civil, un periodista, un joven empresario, un vendedor de helados artesanales, un joven que vende productos alternativos, una maestra y un representante de colonia), las formas de simbolizar la metrópoli de Guadalajara. Se exponen dos campos semánticos que se exponen: 1) La ciudad que contrasta a los de afuera con los oriundos; y 2) Las otredades de las dos poblaciones de Guadalajara que habitan en porción separada por la Calzada.

Palabras clave: Narrativas, Metrópoli, Significados

Abstract - Seven Narratives Around the Guadalajara Metropolis

The article shows, through seven narratives (a civil society organization, a journalist, a young entrepreneur, a seller of artisan ice cream, a young man who sells alternative products, a teacher and a neighborhood leader), the shapes of symbolizing the metropolis from Guadalajara. Two are the semantic fields that are exposed: 1) The city that contrasts the outsiders with the natives; and 2) The othernesses of the two populations of Guadalajara that inhabit a portion separated by the Calzada.

Key Words: Narratives, Metropolis, Meanings

Felipe González Ortiz. Mexicano. Doctor en Antropología por la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. Profesor PRODEP y SNI Nivel II. Líneas de investigación: Metrópoli y Cultura y Educación superior intercultural Reconocimientos académicos por la Universidad de Puno, Perú y por la Alcaldía los Morochucos en Perú; felsus1@yahoo.es

Siete narrativas en torno a la metrópoli de Guadalajara significa a la vez siete estructuras de significado en torno a la vivencia y el habitar cotidiano esta metrópoli con tintes *megalopolitanos*. Y no obstante, son pocas frente a la diversidad de narrativas que componen este universo en constante expansión. La metáfora del título de este trabajo pretende es la de ser una proyección humilde a partir de la confluencia de los cruces de Colón, Leandro Valle y Nueva Galicia conocido como las Nueve Esquinas, lugar rico por la diversidad de oferta de comida que, según mis cálculos comensales, tampoco representa la diversidad de sabores que se producen en la metrópoli de Guadalajara. Sin embargo, siete narrativas son una excelente excusa para entrar a la diversidad que implica vivir en la sociedad tapatía *metropolizada*.

El objeto es resaltar siete narrativas en torno a la experiencia de vida en la metrópoli de Guadalajara. Las narrativas, como expresión condensada de cultura compartida, se produjeron con distintos actores gremiales que la habitan y la piensan como una creación a rehacerse permanentemente. La generación de narrativas en torno a la metrópoli de Guadalajara desde distintos actores significa integrar visiones en una unidad y al mismo tiempo identificar las diferencias. El supuesto es que las metrópolis mantienen un crecimiento propio, dado por factores estructurales que vienen dados por la extensión, la heterogeneidad y la diversificación (Wirth, 1988; Soja, 2001). Estos componentes estructurales se combinan con las legítimas creencias de que los individuos son los constructores de la ciudad que habitan, en el mejor sentido del interaccionismo simbólico (Goffman, 1959). De ahí que el habitar una metrópoli siempre sea una pasión, pues el crecimiento estructural se siente producto de la imaginaria individual. De ahí la importancia de las narrativas en torno a ella, pues los actores se pretenden activos en la creación de una estructura que de por sí crece por sí misma e incesantemente.

Los campos semánticos de la metrópoli (la resaltación, en narrativas, del sentido y de los significados que están incorporados en las prácticas sociales que implican el vivirla y habitarla, pero también el imaginarla y el tener la conciencia de que ella es un producto de la acción cotidiana de

actores discretos), contruidos desde las narrativas de distintos actores, es de sumo interés sociológico y antropológico, pues delimita campos de acción en estructuras globales, es decir, alinea las prácticas cotidianas en estructuras de acción, *estructurantes* de la vida metropolitana. El planteamiento teórico se encuentra en la teoría del *habitus* y los campos de Bourdieu (1990), pero más específicamente en las posibilidades de síntesis de los programas sociológicos de Durkheim (1982) y Weber (1988), fuente del debate de la ciencia social.¹

Dos componentes atraviesan estas narrativas: 1) la metrópoli de Guadalajara como un ente en expansión permanente, aspecto clave de lo que cada actor piensa hay que ocuparse pues el cambio es lo más sentido; y 2) estos cambios cuestionan el tradicionalismo nostálgico, que añora una ciudad, ahora inexistente, que fue sustituida por otra en función de su integración global. En este sentido, la ciudad fragmentada entre el oriente y el poniente se revela como una añoranza que debe ser superada y sustituida con proyectos de integración. En este punto coinciden las narrativas, en lo que discrepan es en las formas, los métodos y los procedimientos para lograr dicha integración. Ambos puntos son ejes y fuentes de imaginación y proyectos urbanos que cada narrativa gremial presenta.

Quizás haya sido la explosión de 1992, en la zona de Analco, el catalizador colectivo que dio entrada, como un parteaguas, para hablar de una metrópoli más cosmopolita y más ciudadanizada. Posterior a aquella fecha fatídica, la ciudad de Guadalajara (si bien ya estaba en camino de un reacomodo habitacional en que las elites de ascendencia criolla estaban abandonando el centro de la ciudad para habitar en las periferias acomodadas), experimentó un cambio que puede traducirse en la participación activa de sectores de la población, antes al margen o en estado pasivo respecto de los proyectos urbanos, en la construcción de esta ciudad (Reguillo, 2005). Y es que de alguna manera el ser víctima de una explosión unió a las personas en los proyectos de salvamento de vidas entre los escombros y rescate de cuerpos. La solidaridad desplegada sirvió a los habitantes para cambiar esa actitud conformada por la condescendencia al destino que implicaba el nacer en dicha parte de la ciudad y la pasividad política que esto conllevaba. A partir de dicho evento, la sociedad de Guadalajara emergió con una fuerza ciudadana caracterizada en las formas de organización que la solidaridad espontánea generó para salvar vidas en un primer momento. Una mujer, a quien le tocó vivir y experimentar el intento de salvar vidas o cuerpos en el temblor de la ciudad de México de 1985 y luego en la ex-

1. No es gratuito el intento de síntesis que propuso Talcott Parsons en relación a la estructura de la acción social (1987), proyecto bien identificado por el propio Jeffrey Alexander (1997).

plosión de Guadalajara de 1992, decía que la tragedia de los dos sucesos fue impresionante pero lo que más resaltaba era la solidaridad inmediata, aunque dijo que había algo más fuerte: las formas de organización social que se generaron de manera mediata. Ella misma se lamentaba de que quizás sean necesarias este tipo de tragedias para hacer ver a la gente el valor de la organización social y la participación política.²

Metodología

Los actores que entrevisté fueron un representante de una colonia de clase media; un joven representante de jóvenes emprendedores; un heladero de garrafa cuya trayectoria fue el ambulante; un joven de cultura alternativa establecido en el Tianguis Cultural de Guadalajara; un periodista; un representante de una Organización de la Sociedad Civil cuyas metas son la convivencia en y entre las metrópolis; y una maestra de educación básica. Estos actores sociales manifiestan alguna diversidad cultural de la metrópoli de Guadalajara pero no la agotan, pues faltan las narrativas indígenas que se han apropiado del comercio ambulante en el centro de la ciudad y en el tianguis de Guadalajara, donde puede vérselos con sus trajes típicos y sus productos a la venta, pero también los mazahuas que se han apropiado de los establecimientos de las calles Gigantes y Gómez Farías en pleno centro de la ciudad junto al mercado de San Juan de Dios para expender productos de jarcería; las narrativas de los colonos populares que han construido la metrópoli en las periferias y que muchos de ellos vienen de municipios que han dejado atrás las vocaciones agrícolas; y las narrativas de los individuos con preferencias sexuales diversas que desde 1994 han hecho tradicional la marcha a favor de los derechos a la diversidad sexual (Aceves y otros, 2004); y ahora y cada vez más con mayor presencia las narrativas del horror que deriva de la presencia de organizaciones de la violencia y el crimen, por ejemplo.

Reconociendo esto, la fuente principal de este estudio fueron las narrativas construidas desde siete personas dedicadas a una actividad en específico que tiene que ver con el habitar y el vivir cotidianamente la metrópoli de Guadalajara. Las preguntas que se les hicieron refirieron primero a que describieran cómo es la metrópoli, cómo la viven, para luego ver cómo la simbolizan y la imaginan y cómo les gustaría que fuera. La unidad de

2. Dicha mujer es oriunda de Chapala, vivió en la Ciudad de México y ahora regresó a su tierra natal. La entrevisté en el mismo Chapala en ocasión de un evento televisivo que asignaba reconocimiento a los rescatistas que salvaron vidas en el temblor de 1985. Ella veía con tristeza dichos programas, me parecía a mí que le llegaba una especie de nostalgia solidaria, pero no, ella me dijo, después y con las lágrimas en las mejillas, que lamentaba el hecho de que no se hiciera ningún reconocimiento a los rescatistas que no tuvieron la suerte de rescatar a alguien con vida, como era su caso, tanto en 1985 como en 1992.

análisis fue la percepción diagnóstica desde cada gremio en forma de narrativa, como producto de entrevistas en profundidad. Se focaliza en los referentes gremiales.

Se realizaron siete entrevistas. Con ellas se logra la saturación/repetición de significados desplegados (Ruiz e Izpizu, 1989) en torno a la metrópoli de Guadalajara, y al mismo tiempo permitió ver las diferencias. De ahí que a partir de dichas narrativas se pueden encontrar rasgos generales que explican los imaginarios en torno a la metrópoli de Guadalajara. El análisis de las narrativas se hizo cruzando la información en cada entrevista.

Un muro invisible

Antes de la explosión de 1992 la ciudad de Guadalajara se autocontenía en un *provincianismo* sensible, notorio en el olor de sus calles y la tranquilidad de los pasos de su gente. Siempre dividida por el muro invisible que antes fue el río San Juan de Dios y después, una vez entubado, la Calzada Independencia (que separaba el poniente del oriente), parecía poner a sus habitantes en un estado de conformismo de sus orígenes ligados al sector de la sociedad tapatía en que habían nacido. La terminal se encontraba en el lado pobre e indígena, allí pegada al lugar de la explosión. Cuando uno llegaba, la provincia se sentía a flor de piel, casi toda la ciudad emanaba ese olor picante que el *menudo* expandía por cada esquina en que señoras dedicaban la vida a la venta de ese delicioso platillo. El mosaico sobre las banquetas le daba un estilo rústico a la ciudad de esta parte del centro que contrastaba con el cemento carente de adornos característico de los estilos actuales. Uno sentía en aquel tiempo que Guadalajara se trataba de una ciudad que acaba apenas acaba de ser pueblo. La ciudad de aquella época era un universo detenido, parado en una configuración estable y conforme. Desde Clavel 120, calle céntrica del Sector Reforma, se podía mirar el interior de la zona pobre y viajar a los contornos de la zona rica, es decir, atravesar permanentemente el muro invisible que separa(ba) a esta ciudad por la Calzada. Dormir en ese domicilio era descubrir el paso lento del tiempo que se anunciaba cada 15 minutos, y condensado en dos minutos de campanadas pues los relojes de cada iglesia no estaban coordinados. Así, sonaba primero el reloj de la iglesia de San José, hacia el rumbo de Analco; luego el de La Concepción, allá entre los negocios ambulantes de la avenida Javier Mina; un poco encimado llegaba el sonido del Sagrado Corazón de Jesús, hacia la Plaza Tapatía y de inmediato pero hacia el otro rumbo, el del Sagrado Corazón de Jesús que estaba en el hospital de la Madre Nati, cuyo reloj siempre sonó al final de esta orquesta de tiempo

sagrado anunciado cada cuarto de hora. El tiempo transcurría despacio, de la misma forma como caminaban sus habitantes, muchos de ellos viejos andantes sobre esos mosaicos sucios que adornaban las banquetas.

Los que vivían en estas calles centrales eran diversos y muchos. Las casas estaban construidas de adobe pero en una misma calle, desde Clavel 120 se podía distinguir, podían convivir los habitantes de unas casas más grandes con los de otras más pequeñas; era como si las diferencias de estatus y clase convivieran de la misma forma, al ser vecinas las casas individuales (de dos pisos y balcones) con las vecindades. Los pigmentos de la piel de sus habitantes se desplazaban entre el moreno y el blanco, pero todos salían a la calle a jugar palo, un juego tradicional que implicaba lanzar de un golpe un palo de 20 centímetros y contar la distancia, quien lo lanzaba más lejos, ganaba. Siempre fue divertido ver aquellas humanidades que se apropiaban de la calle para jugar. Casi no existían los autos, lo que permitía ver a los niños y jóvenes jugar a media calle. Y era curioso que los más acomodados jugaran con su ropa de mezclilla y los menos favorecidos, en calzones, casi desnudos. Sus pieles cargaban con la negrura que la mugre impregnada potenciaba. Desde la perspectiva de aquellos años, me imaginaba que así jugarían, tal vez, los niños del paleolítico. Pasaron los años y estos niños se convertirían en jóvenes con problemas de adicción y sus actos ilegales, ya sea por consumo o venta de drogas, por violencia o por robos, los llevaron o a la cárcel o al psiquiátrico.

Junto a esto, ir a misa siempre fue una parte sustantiva de la vida. Ahora a San José, esta vez a La Concha, mañana al Sagrado Corazón, pero el domingo a la catedral. De ahí que caminar el centro siempre era parte de la vida de aquella época. Una ciudad podía hacerse caminando. Pasar por el hospicio Cabañas era como escuchar las voces de los niños huérfanos que lo habitaron, todavía como producto de las narrativas que los habitantes tenían sobre ese lugar, cuando el Estado asumía la protección de los “sin padres.” Llegar a la catedral era pisar la frontera de ese muro imaginario que dividía a las dos *Guadalajaras*, sólo que a la vista desde allí, no parecían tan distintas pues el Sector Hidalgo era muy parecido al Reforma.

Cambiaba, sin embargo, unas cuadras más adentro, cuando uno tomaba un camión para llegar a la Glorieta Minerva, allí donde la Nueva Vallarta era una colonia de casas de gente acomodada. Allí, desde la calle Bismarck en el número 18, se podía afinar una mirada que revelaba que una gran mayoría de vecinos habían sido originarios o descendientes de antiguos prósperos rancheros, de regiones aledañas a la ciudad como eran los Altos, Chapala, Ixtlahuacán, Tlajomulco o Tequila. Las personas ricas siempre

hablaban con orgullo de aquellos orígenes y de aquellas ventas de ranchos que hicieron para llegar a habitar estas nuevas colonias de la capital del estado. A la vez, las mezclas con los fundadores de Guadalajara que del centro habían cambiado sus residencias a esta zona o la de Chapalita, convirtieron el centro de Guadalajara en una zona de museo histórico o refugio de la otredad (Aceves y otros, 2004), un lugar para canalizar los miedos y afinar las identidades por contraste.

Los estilos de vida de estas personas se diferenciaban enormemente con los del otro lado de Guadalajara pues el uso de automóvil era la base de la movilidad, pero también lo era asistir a la Universidad Autónoma de Guadalajara para afinar los estatus y delinear los estilos; el consumo lúdico de enervantes y los paseos divertidos en auto eran una forma de vida de los jóvenes; las casas tenían pastitos en los jardines con algún guayabo corto para recordar los tiempos de vida en el anterior rancho, pero ahora siempre junto a una pequeña piscina; las recámaras grandes con su propio baño y tina y, afuera, allí junto a la cochera, un pino que se recordaba lo sembró fulano o zutano cuando era pequeño. Pero también era cotidiano rezar el rosario todos los días por la tarde antes de la cena. Una vez cumplida tal disposición la cena se sentía como un logro personal.

Éstas eran las dos ciudades de aquella época. Las dos eran tradicionalistas pero cada una a su modo. Las dos se conformaban, indiferentes cada una hacia la otra. El destino estaba dado según el sitio de nacimiento con el que cargaba cada cual. De esta forma, las dos *Guadalajaras* las pude vivir desde Clavel 120 en el Sector Reforma y desde Bismarck 18 en la Nuevo Vallarta.

Pero había algo más que ilustraba el tradicionalismo de la ciudad. Por ejemplo, en el zoológico del parque Agua Azul, se podían ver en distintas jaulas animales como coyotes u osos, pero también burros y cabras, peculiaridad interesante de combinar lo doméstico con lo salvaje. Además, y en otro tema, en cierta temporada del año la virgen de Zapopan recorría la ciudad completa. Las calles del sector Reforma se adornaban por completo con cordones que iban de azotea a azotea y la genta esperaba en el umbral de sus puertas el paso de la virgen para aventar confeti y rezarle en ese paso. Incluso las personas que venían de la Nuevo Vallarta acudían a ver la romería aunque se mezclaran con los pobres de la ciudad. Guadalajara y Zapopan constituían una metrópoli a partir de esta práctica religiosa, aspecto inexistente en la actualidad. Esa era la Guadalajara de antes. En ella el muro invisible era poderoso pero todos asumían su destino con orgullosa gallardía; ahora el muro sigue existiendo, pero como reto para

integrarse, aunque la integración de la metrópoli se hace en función de cada aspiración gremial.

La metrópoli de Guadalajara

y los planteamientos teóricos

La ciudad de Guadalajara fue fundada en el Valle de Atemajac hacia el año de 1542, allí junto a los barrios indios de Mexquitán, Mexicalcingo y los de Tetlán, ubicados en el barrio de Analco (Chávez, 1953). La preeminencia de Guadalajara sobre los distintos municipios conurbados que integran esta metrópoli se debe a que el crecimiento de la zona metropolitana se mide desde el centro de la capital hacia las periferias. Este esquema de conurbación/integración de las zonas metropolitanas refiere a la confluencia de distintos territorios municipales (Garza, 2000), lo que le asigna la preeminencia a alguno de ellos. El Cuadro I muestra los municipios que conforman esta metrópoli, estando en el primer anillo los de Guadalajara, Zapopan, San Pedro Tlaquepaque, Tlajomulco de Zúñiga, Tonalá y El Salto; y en el segundo anillo los de Ixtlahuacán de los Membrillos y Juanacatlán.

Cuadro I
Zona metropolitana de Guadalajara al 2015

Municipio	Habitantes	Superficie (km ²)	Habitantes por km ²
Guadalajara	1,460,148	150.2	9,721.36
Zapopan	1,322,272	893.2	1491.57
Tlaquepaque	664,193	270	2,459.97
Tlajomulco	549,442	636.9	862.68
Tonalá	536,111	119.58	4,483.28
El Salto	183,437	41.5	4,420.17
Ixtlahuacán	53,045	184.2	287.98
Juanacatlán	17,955	89.08	201.56
Total	4,786,603	2,384.66	23,928.57

Fuente: Elaboración propia con base en INEGI (2015).

Los desplazamientos de personas, bienes y mensajes entre estos municipios son tan intensos y cotidianos que le merecen a esta metrópoli ser la segunda en importancia del país. Además, se puede afirmar que el proceso

de expansión de la metrópoli incorpora municipios más alejados como los de Ixtlahuacán del Río, Zapotlanejo, San Cristóbal de la Barranca, Chalapa, Ocotlán o Tequila, zonas desde las que todas las mañanas se puede testificar el desplazamiento de personas que van a trabajar a algún lugar de la metrópoli.

El proceso metropolitano trae consigo la aglomeración de personas, bienes, mensajes, transporte, infraestructura, servicios, comercio, industria, violencia, emergencia del anonimato, caos, diversidades, desestructuraciones, reestructuraciones, resistencias, aculturaciones, etcétera. Esta aglomeración urbana acarrea densidades de símbolos que no necesariamente son compartidos de manera homogénea por la totalidad de los habitantes de las grandes metrópolis (Lindón, 2001), o más aún, por los que radican en las meta regiones de esta realidad difusa (Nivón, 1998) por su extensión y heterogeneidad. La heterogeneidad (de clase, de origen étnico, de generación, de sexo, de preferencia sexual, de gremio laboral), trae aparejada la diversidad de significados culturales en torno a lo múltiple y lo diverso, pentagrama simbólico que esta sociedad ofrece a cada uno de sus miembros. En este sentido, cabe la analogía de Soja, cuando dice que la metrópoli (la postmetrópoli para él) es como una gran sinfonía en la que cada quien toca un instrumento con su propio ritmo y sentido melódico (2001).

La metrópoli se compone de distintas escalas dada la difusidad de composición (González, 2014). Primero es la escala es la rural para luego pasar a la escala ciudad, donde la diferenciación de la apropiación del espacio público, cuyo principal emblema lo constituye el boulevard (Benjamin, 2005), se presenta como el resultado de la apropiación del espacio que diferencialmente realizan las clases sociales (Harvey, 2005). Es precisamente en la ciudad donde el espacio público aparenta estar al alcance de todos. Si en la ciudad, pese a las diferencias de clase social que se proyectan, la unidad colectiva se alcanza por medio de la *publicidad*³ que se hace del espacio público se hace. En la siguiente escala, la de la metrópoli, la unidad del espacio se fragmenta. Si en la ciudad se tenía presente la idea del *flâneur* urbano que la abarca toda por su propio pie (esto dio entrada a la idea de Benjamin (2005) que marca al boulevard y al escaparate como emblemas de la ciudad y de la vida moderna), en la metrópoli, son los medios televisivos los que pretenden abarcarla en su totalidad. Distinto al *flâneur* de la ciudad, los medios dan cuenta de fragmentos de esta totalidad, sólo acceden a ella a través de su fragmentación. Intervienen en esta

3. Entiendo por *publicidad* el carácter o pretensión de todo objeto a valer como público, como cosa pública, de acceso para todos como algo común. No utilizo el término publicidad para no confundirlo con la acción hecha para la promoción del consumo de determinado producto.

intención (la de dar cuenta de esta unidad urbana que escapa a la mirada de conjunto) los prejuicios, los intereses y los valores propios de los actores de los medios. La construcción de los imaginarios a través de los medios se convierte en una suerte de información *extra contextual* que se somete a la *agenda setting*,⁴ unas veces en solitario y otras en evidente alianza con otros sectores, elites o grupos poderosos.

La ciudad encierra las posibilidades de convivencia que podrían generarse desde la comunidad civil; la metrópoli proyecta la idea de una ciudad fragmentada sin lograr ni realizar sentido de comunidad. El espacio público pierde su uso normativo, funcional y simbólico en la medida que no se canaliza a la convivencia entre los diferentes y los desconocidos (entre las clases sociales como hacía la ciudad, ejemplo claro de la convivencia, como lo mencioné en el apartado anterior). El consumo lúdico y el esparcimiento se transforman en una oferta privada de espacios públicos (centros comerciales, por ejemplo) en donde los consumidores intentan borrar las diferencias de clase y culturales (Bauman, 2016), sumergidos en espacios limpios y seguros en los que la vigilancia panóptica se convierte en un bien en tanto se transforma en marca de distinción construida entre similares.

En la escala metropolitana el espacio público proveído por el Estado es reemplazado, u ofertado de manera paralela, por el que provee la iniciativa privada. Mientras, los espacios públicos proveídos por el sector público se caracterizan por el abandono ante la incapacidad institucional por vigilarlos (convirtiéndose así en espacios peligrosos donde el crimen, la violencia y el delito son los componentes que los caracterizan),⁵ los que son proveídos por el sector privado encuentran en los dispositivos de vigilancia un sentido de distinción, pues la vigilancia entre *iguales* no significa sino la exposición permanente de la capacidad de consumo.

De esta forma, la metrópoli de Guadalajara ya indica su carácter difuso y su cualidad expansiva sin límites. En ella se incorporan las escalas de lo rural, lo ciudadano, lo metropolitano con potencial a la metalópolis (Serrano, 2002)⁶ en el sentido que se trata de integraciones difusas de regiones urbanas

4. La *Agenda Setting* es un concepto que define la confluencia de la opinión que los medios deslizan y los intereses de la audiencia, se trata de hacer coincidir la agenda de los medios con la agenda de los ciudadanos (McCombs y Shaw, 1972).

5. Esto ha dado entrada a las llamadas zonas de seguridad, es decir, zonas que conforman espacios públicos reconocidos institucionalmente y por lo tanto, provistos de seguridad. Fuera de ellos, todo es peligroso (Tavares, 2012).

6. En el esquema teórico de Gustavo Garza (2000), una megalópolis es aquella que integra el territorio urbano entre dos entidades federativas, por ejemplo la del centro de México. Si se sigue este esquema, la de Guadalajara no tendría posibilidades de convertirse en megalópolis, pero el tamaño y la expansión que presenta puede ayudar a afirmar que se trata de una *metalópolis*, en el sentido de una integración difusa regional (Serrano, 2002) con características similares, si no idénticas, a las de cualquier megalópolis.

y rurales a la vez. La imposibilidad de abarcarla en su totalidad potencia su carácter diverso, heterogéneo y expansivo en la que los imaginarios en torno a ella, es decir, en la que los significados a su alrededor suman para hacerla una metrópoli fascinante por su modernidad.

Una metrópoli es un lugar de encuentro de personas

La ONG

Los representantes de la ONG piensan que una metrópoli no se define por la extensión sino por los encuentros sociales que en ella se generan. Mientras más grande más complejidad en la misma proporción que los encuentros entre diversos. De esta forma, las metrópolis más bien son entendidas como mapas de vidas y no de infraestructuras o normativas. La metrópoli puede ser construida desde la visión gubernamental (Duhau y Giglia, 2008), la llena de normas y funciones de uso, pero en realidad quienes le dan el contenido son las formas singulares de su apropiación generando así una semiótica de la calle (Delgado, 1991).

Ante la escalada de privatización de la metrópoli se plantea la necesidad de recuperarla como espacio público, es decir, como espacio de encuentro con la diversidad cultural. Los espacios deben tener accesibilidad para la integración de todos. Las reglas civiles son la base de esta integración necesaria en una metrópoli que compite por hacer públicos los espacios. En esta intención hay una apreciación: la ciudad de Guadalajara es fundamentalmente diurna, de ahí que en la búsqueda de una ciudad nocturna se puede transformar el centro y la zona de Analco, allí se pueden establecer negocios para darle vida a la metrópoli por las noches.

Pero la visión de la ONG es más amplia. Dicen ellos que Guadalajara es el centro urbano del occidente mexicano, de ahí que las vinculaciones con otras ciudades como la de México es estratégico para tener las condiciones de contribuir al desarrollo nacional. Lo mismo sucede con el puerto de Manzanillo. La estructuración de las metrópolis en secuencias de producción regional para luego articularse en el ámbito nacional y de ahí al internacional es un argumento clave la ONG. La metrópoli de Guadalajara se entiende en su dimensión macro como un polo de definiciones productivas del centro occidente del país que puede conectar, además, con ciudades de Estados Unidos como San Antonio, Kansas o Portland. Y es que una metrópoli es un punto detonador de desarrollo para toda una

región, es el argumento clave de esta narrativa. Auto asumirse como un polo de definiciones regionales que contribuye relacionadamente con otras metrópolis del país y de otros países, significa que define las vocaciones regionales para articularlas y expandirlas hacia el desarrollo, es decir, una metrópoli es ante todo un catalizador de ventajas comparativas regionales que suman con otras metrópolis. Éstas generan ideas para articular y potenciar las vocaciones regionales, después vincularán con otras metrópolis para el desarrollo y de éstas hacia fuera.

El argumento es interesante en la medida que definen preeminencias entre metrópolis. En México, Guadalajara es la segunda en términos de población pero la tercera en términos de industria. Estar en el occidente la coloca como un polo de desarrollo de toda una región que, articulada con la metrópoli del centro (y con las vinculaciones con metrópolis de Estados Unidos que pueda ella hacer), contribuye al crecimiento nacional y a la integración global.⁷

Luego viene el reconocimiento de la dos *Guadalajaras*; la de allá y la de acá, dicen los miembros de la ONG, pero de inmediato regresan a su idea principal, “pero también existe la Guadalajara internacional”. Reconocen que las dos sociedades se dividen porque una representa los barrios antiguos y la otra los barrios nuevos, es decir, hay un criterio de temporalidad en la definición de las otredades. Lo nuevo y lo viejo conforman los componentes que separan los estilos de vida de esta metrópoli. Cuando se les pregunta sobre qué hacer para integrar a Guadalajara afirman que se puede contribuir haciéndola una ciudad nocturna, es decir, gentrificar el centro y aquellos barrios, pero luego reaccionan cuando dicen que esto se debería hacer también en las periferias de la metrópoli, es decir, colocar a Guadalajara como oferta de disfrute, diversificando, pues se piensa que periferias y centro son monotemáticos en su oferta y una metrópoli, dicen, es fundamentalmente diversa. Luego vienen las ideas en torno a los procedimientos para integrar a esta metrópoli separada por un muro histórico invisible: “el primer paso es identificar zonas grises, esas zonas que por grises nadie las mira. Son las áreas que todos han olvidado”.

Hay en la narrativa de la ONG una visión global de la metrópoli que contrasta con un reconocimiento de una ciudad separada. En su narrativa la integración es inesperada y genera respuestas como recurso de ocurrencias improvisadas. Pero lo reconocen: Guadalajara se encuentra separada y esta separación se extiende a la metrópoli, es decir, es regional.

7. El planteamiento de integración global se encuentra subsumido en los esquemas teóricos de la red de metrópolis mundiales en que se asignan preeminencias a cada una de ellas en función de su contribución al PIB global. Existen asociaciones de este tipo en todo el mundo y el planteamiento general es el planteado por Sassen (1999).

De la misma forma, la ONG afirma que muchos de sus miembros son oriundos de otras regiones. Muchos de ellos vienen de la Ciudad de México, otros de los estados de México, Sinaloa y Michoacán y su participación en la ONG se vuelve marginal por este hecho. No es que no tengan buenas ideas, sólo es que al ser foráneos se les escucha menos. Hay en esta dinámica formas de administrar las otredades que se observan en las interacciones de quienes somos de aquí y de quienes no lo somos.

Una metrópoli es un sitio de historias sorprendentes

El periodismo

Se dice que una metrópoli antes de colocar la primera piedra para inaugurar una nueva colonia, las calles ya están nombradas. Y es que la infinitud con que se presenta una metrópoli la hace ver como si su crecimiento expansivo fuera infinito. Siempre la pensamos como una mancha que va integrando pueblos frenados en su crecimiento. Pensarla de esta forma es considerar que la que cuenta con el factor activo es la metrópoli, mientras los pueblos, pasivos en su crecimiento interno, sólo esperan pasivamente integrarse a ella. Sucede en realidad que los pueblos tienen sus propias formas de aglomerarse. Todo crecimiento urbano tiene la forma de un fractal, es decir, van sumando enteros irregulares contenidos en un patrón de crecimiento definible por la auto similitud (Mandelbrot, 1987), de tal forma que desde una matriz de origen (genotipo) se proporcionan los componentes para la expansión (fenotipo). Así, con su propio patrón de expansión y aglomeración urbana, los pueblos de una región crecen a su propio ritmo, ellos mismos se encuentran en procesos de urbanización. La metrópoli hace lo mismo pero a su ritmo propio y de pronto, se encuentra con el pueblo, entonces, el ritmo de crecimiento del pueblo se suma al de la metrópoli, en esto consiste la difusividad de toda metrópoli, en el sentido que al incorporar distintas escalas de urbanización (rural, ciudad, metrópoli, megalópolis, *metalópolis*) también integra distintos fenotipos y temporalidades (González, 2014).

De ahí que la metrópoli sea, para los periodistas, “una cerrada jungla de historias que esperan ser contadas”. Esto significa que la metrópoli está por descubrirse y que el sentido pleno de ella está en las historias que pueden ser captadas por un periodista en un aparato de grabación para luego ser contada. La metrópoli es un acto de habla por descubrir, se encuentra sumergido en las trayectorias de vida de cada persona, de cada colonia, de cada pueblo, de cada ciudad; de la suma de ellas se genera la metrópoli.

Estas historias que pueden ser contadas por los individuos están cargadas del contexto local en que viven o en el que se desarrollan, de tal suerte que una historia contada por alguien que vive en la colonia Jalisco será diferente a otra que radica en las Cañadas. Los ricos y los pobres tienen historias diferentes que contar. El muro que separa el tradicionalismo entre ricos y pobres encuentra otra vez una resonancia en las narrativas de los periodistas, sólo que acá representa una oportunidad para captar historias, es una riqueza de la metrópoli. Y sin embargo no piensan que esta separación sea “natural”, por el contrario, asumen que es algo que no contribuye a la integración plena de la metrópoli. A la pregunta sobre qué hacer para integrarla, dan un rodeo y contestan que ésa es tarea del gobierno y que si no está integrada la metrópoli es porque existe una institucionalidad débil. Y van más allá al afirmar que un indicador de dicha debilidad es que la ciudadanía se acerca a los periodistas para reclamar, para lanzar una queja, para aludir a un problema no resuelto por las autoridades, por hacer explícita una denuncia, reclamar una provisión fallada de un servicio público, exigir seguridad o canalizar en los medios un lamento colectivo ante el horror que genera la violencia. El reportero periodista, así, se erige como un actor bisagra en cuyas historias contadas vincula a la ciudadanía de cualquier parte de la metrópoli con las autoridades gubernamentales. Son ellos verdaderas vitrinas de la queja, esperanzas para visibilizar una metrópoli que en su dimensión, esconde los espacios singulares a la vista de la autoridad. La metrópoli es captada en fragmentos mas no en su totalidad, de ahí la importancia de los medios y, más específicamente, del periodista que absorbe la confianza ciudadana para hacer visibles los lugares marginales de la metrópoli.

Pero luego viene otra visión del periodista. Dado que los sucesos dentro de la metrópoli emergen siempre con urgencia, se convierte una necesidad estar allí, en ellos, lo más pronto posible. Entonces la movilidad es un asunto clave en la narrativa de los periodistas. Pero esta ciudad está ya aglomerada, es la metrópoli de los turistas, de los trabajadores, de los paseantes, de los que se mueven de un lugar a otro, las vías de comunicación están saturadas siempre. Todos los rumbos tienen un momento de saturación y luego, saliendo de la zona centro, se destapan, para llegar con facilidad a Ocotlán, a Ixtlahuacán o a Zapotlanejo. En la expresión sobre la movilidad urbana que manifiestan los periodistas ya se encuentra la idea de la región urbana⁸ como un universo del que hay que dar cuenta, es decir, en la narrativa de los periodistas es la región el indicador paradigmático de la vida

8. La dimensión de la región urbana siempre es implícita en los estudios urbanos, sin embargo, quién ha manifestado esta cualidad como el centro de explicación metropolitana es Iracheta (1992).

metropolitana. Todo periodista da cuenta de las historias que se suceden en toda región metropolitana, ya sea en sus anillos interiores o los exteriores.

Una metrópoli es una plataforma para la inversión

El empresario

“No hay mejor ecosistema para la inversión que una metrópoli”, es la narrativa que precisa decir, de inmediato, un joven empresario que vive y radica en la metrópoli de Guadalajara. Pero además recalca, “la mejor metrópoli de México para invertir es ésta”: las razones, “porque nuestros padres pusieron negocios que servían para el sostén de las familias y ahora a los jóvenes nos toca transformar esos negocios en empresas”. La trayectoria que plantea el joven es de sumo interés pues hay en la genealogía de la empresa un negocio familiar cuya meta no es crecer sino ser la base para el sostenimiento familiar. Diferente a los negocios, se encuentra la empresa cuyo verbo central es el de crecer. Y este verbo, en la narrativa empresarial, significa consolidar tanto la metrópoli que se vuelva atractiva para atraer inversiones. Consolidar significa crecer a un punto tal que los inversionistas se seduzcan para invertir. Una empresa es abierta a la inversión. Si el negocio familiar se funda en los principios primarios de relación, la empresa busca el asocianismo mediado por un contrato entre extraños. En la narrativa empresarial se rompe el tradicionalismo de una Guadalajara para los oriundos al sustituirla por un cosmopolitismo fundado en las inversiones. Un freno para configurar esta metrópoli es que del extraño se desconfía: “es más fácil tratar el robo que un familiar te ha hecho que el de un extraño”. La otredad es un asunto complicado para el tapatío arriesgado, pero a la vez es un reto que se debe realizar pues es la condición para crecer.

Una metrópoli, para los empresarios, es fundamentalmente una cuna de ideas, pero toda idea requiere, para su crecimiento, de inversión y viene lo negativo: “en México no hay inversionistas de alto riesgo”. Y aquí radica una contradicción sentida en la metrópoli de Guadalajara, ésta es una arena idónea para las inversiones pues las ideas florecen de manera constante y creativa, pero los inversionistas son temerosos, contradicción que frena el crecimiento. De ahí que el crecimiento de la metrópoli sea el de juntar a los que tienen ideas con los inversionistas, allí se encuentra la meta de cualquier gobierno. Una metrópoli es fundamentalmente una cuna de ideas,

esta hipótesis llevó a Soja a afirmar que la idea de la agricultura estuvo precedida por la aglomeración urbana (2001), lo cual cambia el sentido de la revolución neolítica.

Además, en la configuración imaginaria de la metrópoli desde el empresario, toda empresa no es un negocio familiar y por lo tanto es formal, está integrada en el circuito bancario mediante los créditos y es evaluativa en función de logros. La modernidad es la cualidad más resaltante en el imaginario empresarial sobre lo que debe ser una metrópoli. A los negocios “Dios les da a entender cómo se las arreglan, pero en las empresas es uno mismo quien evalúa el resultado”. La reflexividad como el componente clave de las interacciones metropolitanas. La pedagogía para el crecimiento es la profesionalización.

En la narrativa de los empresarios se proyecta otra genealogía. Si la empresa tiene su origen en los negocios familiares, es muy probable que muchos de ellos comenzaron en la informalidad. De ahí que cualquier negocio informal debe transformarse en negocio formal, condición necesaria para aspirar a convertirse, posteriormente, en empresa. Se delinearán así dos actividades alternas de los gobiernos: formalizar a la informalidad y unir o vincular las ideas con las inversiones.

De esta forma, Guadalajara aglutina el talento de occidente en la medida que es en ella donde se genera la creatividad y las ideas. De ahí que la metrópoli debería ser más diversa en su oferta cultural, no reducirse al turismo de museos sino al de servicios y aglutinarlos en la oferta de restaurantes y bares. De hecho, dice el empresario, si hay que integrar los barrios del centro es a través de un cambio de sus vocaciones; abandonar el comercio informal que allí se practica para formalizar su actividad y después, los que subsistan y tengan ideas, convertir sus negocios en empresas. No obstante, dice el empresario que en la actualidad ir al centro de la metrópoli es no encontrar nada. El potencial del centro es nulo. Se justifica su olvido, pues en realidad es lo digital lo que viene, es decir, empresas sin territorio.

El centro ha quedado reducido a un refugio para los pobres, un lugar para construir la otredad (Aceves y otros, 2004). En la narrativa de la diversidad queda plasmado que Zapopan es la ciudad cosmopolita, Tlaquepaque la ciudad del turismo y Guadalajara la ciudad de los pobres. De ahí que si se buscara una integración del centro sería mediante la transformación del mismo para abastecer a los informales de empleo. Además, dice el empresario: “en eso consiste la responsabilidad social de cualquier empresa”.

El centro como el lugar privilegiado para los negocios

Un heladero

Si el centro de la ciudad de Guadalajara es un lugar vacío para los ojos del empresario, para el trabajador informal es el universo ideal para construirse un trabajo todos los días. Y es que la informalidad es en realidad la forma como los pobres construyen, día a día, las condiciones para auto proveerse un trabajo (Bueno, 2016). El móvil es la de proveer a la familia de los insumos diarios para la vida. Un ambulante siempre comienza vendiendo lo que en su casa saben preparar pasteles, flanes, empanadas; luego, conforme ven a sus compañeros de venta ambulante experimentan nuevos productos; tejuino, tepache; y al final, descubren el producto que más se vende; nieve de garrafa. Entonces comienza el crecimiento, hay posibilidad de poner más puestos distribuidos en la zona centro, se pide la ayuda de un familiar, así la familia entera entra al negocio pero distribuidos en una zona bien identificada.

Pero la prosperidad continúa para muchos ambulantes. Seducidos por las facilidades que los gobiernos dan para formalizar el negocio, se convierten en establecimientos fijos, pero los impuestos son el primer componente que los desencanta. Se paga mucho (más si se contratan los servicios de un contador, dicen) y es complejo comprender los procedimientos de pago. Y no obstante, el vendedor ambulante sabe que ésa es la trayectoria de cualquiera. Es decir, transitar del ambulante al negocio en establecimiento fijo es la ruta. Una vez establecido se busca extender el producto a distintos mercados, de ahí que se busque “la calidad ISO, pues es requisito para meter el producto en los súper mercados”, dice el entrevistado. Una frase de los negocios de este tipo es el siguiente: “si quieres sobrevivir, debes vender en los súper mercados”. Lo anterior construye ilusiones y clarifica metas. La estrategia para abastecer otros mercados comienza por adquirir las certificaciones de calidad pero a la vez se debe “vestir” el producto de cualidades propias que lo hagan competitivo o que lo envistan de ventajas comparativas: “el helado de garrafa es más sano y más ligero que las nieves cremosas”, por ejemplo, dice el entrevistado.

El centro de la metrópoli se considera un lugar lleno de oportunidades para todos. Los pobres se lo apropian en la medida de sus posibilidades, pero siempre hay un riesgo, que alguno de ellos acapare las oportunidades (Tilly, 2000) que da la apropiación del espacio público y se expanda sin

transmutar a negocio fijo. “Entonces se siente un desequilibrio pues el espacio público es para todos pero no hay que aprovecharse”, pues esto deriva en competencia desleal y no permite que todos los pobres accedan al espacio público. “Si se siguiera la trayectoria de consolidación sin acaparar espacios públicos, estaríamos hablando de un espacio público democrático, pero si alguien se lo apropia, es como un monopolio”, dice la narrativa del ambulante consolidado en su negocio propio. Ante esta situación, un negociante fijo que comenzó siendo ambulante se encuentra atrapado entre las responsabilidades fiscales que su nuevo estatus le da y la envidia cuando mira a sus contemporáneos ambulantes (y se compara cuando recuerda su propio pasado como ambulante) que desde aquellas posiciones se pueden administrar las ganancias. Aquí hay sin duda una trampa institucional que termina por perpetuar la informalidad. Si las instituciones dieran soluciones reales para que el negociante fijo “sintiera” mayores beneficios que los contemporáneos ambulantes, seguro que la trayectoria estaría fijada por la aspiración de transmutar del ambulante al establecimiento fijo. Pero así como están las cosas parece que la gestión corrupta y conflictiva con las autoridades da mejores resultados que las vinculaciones fiscales de los fijos. Aquí hay fallas en el contrato civil que deriva de las instituciones gubernamentales, y esta narrativa las esclarece.

En las condiciones actuales, para que un negocio ambulante consolide en negocio fijo se requieren de 10 a 13 años de venta ambulante. En este tiempo se consolidan las ventas pero fundamentalmente los conocidos y los amigos. Las historias sobre compadrazgos y padrinzagos entre clientes y ambulantes son siempre recurrentes, no sólo en Guadalajara sino en cualquier lugar de México donde existan ambulantes. Las relaciones primarias de interacción explican en buena medida el tipo de sociedad que se configura desde este tipo de apropiaciones del espacio público para vender de forma ambulante: “el cliente ya no dice vamos a las nieves sino dice vamos con fulano”. El sistema de interacción comercial implica un tipo de confianza primaria en la que el vender y el comprar se construye como un acto de reciprocidad. Este contenido cultural de trabajar de los pobres está lejos de volverse empresarial, pues conocer al cliente forma parte de las relaciones.

El mundo de los ricos aparece, para los negociantes fijos con trayectorias ambulantes, como el acceder a los súper mercados. La parte centro de la ciudad aparece como el espacio público idóneo para procurarse un trabajo cotidiano. De esta forma, la función de las autoridades locales debería ser regular el ambulante con censos precisos para evitar el monopolio y brindar asesorías fiscales a los recién establecidos. Así, el ambulante representa un mercado con sus propias reglas y la necesidad de sus propias

regulaciones. No se trata de sustituirlo sino de administrarlo, pues los pobres siempre encontrarán en esta actividad una salida a sus gestiones de vida.

Una metrópoli provee de alternatividad

El tianguis de Guadalajara

Retomar la palabra náhuatl para hablar de un mercado alternativo es significativo en la medida que se construye como un sitio de mercadeo que se pretende diferente, es decir, como un lugar de identidad, en el sentido de Augé (1996), al que asiste una demanda diferente, alternativa a lo que cualquier otro mercado oferta. Esta cualidad lo convierte en un sitio de elasticidad grande a la diversidad, o si se quiere con una alta capacidad de tolerar la diferencia. Se trata de un sitio que abre espacio para las manifestaciones culturales juveniles globales (música, utensilios para la ropa, tatuajes, peinados, películas); las artesanías hechas por los miembros de los pueblos indígenas que atraen a la demanda del turismo; los paseos familiares que buscan manifestaciones artísticas alternativas, como son los conciertos, los *performances* de los cuenteros, las obras de teatro o el guiñol; y el estar en un lugar distinto a los que oferta la ciudad. El tianguis se presenta como un sitio de amplio albedrío, abierto a la diferencia y tolerante a la diversidad; es el espacio de la creación y de la multiculturalidad urbana. Allí los jóvenes despliegan sus vocaciones artísticas y sus gustos alternativos (Corona, 2014). Pero sus pasos paulatinos al misticismo han llevado al sitio a una frontera que roza la adicción. Este fenómeno ha terminado por expulsar los paseos familiares del lugar, aspecto que obliga a pensar que un aumento de la seguridad no caería mal para regresar a ese estado de equilibrio, necesario para ser alternativo en esta metrópoli, según nos indica un joven que pertenece a este universo, pues administrar la libertad siempre corre el riesgo de perderla. Los límites se presentan borrosos en un mundo que quiere retener a los clientes en completa libertad. En este sentido, ser alternativo significa practicar la libertad individual y la tolerancia a la libertad; y estas dos cosas se viven consumiendo algo diferente, algo creativo, algo que estos jóvenes proveen.

Y es que la construcción de la autenticidad es un permanente esfuerzo por distinguirse. Buscar la originalidad en un mundo mercantil obliga a agruparse con los de los mismos gustos, con los similares y ser alternativo es una forma de agrupación colectiva. “En este mercado encuentras lo que no encuentras en otros lugares”, dice el joven, de ahí que este tianguis sea una alternativa para quien desea ser original, quien está en la búsqueda de

una personalidad; quien no se conforma con los estereotipos dados por la publicidad y el mercado existente. Se trata de una oferta de bienes con cultura integrada. Es para una demanda especial que busca y no se conforma; los diseñadores de la propia identidad.

La ciudad para ellos no aparece separada, pues dicha separación no es más que el producto de los estereotipos sociales. De ahí que cada parte de la ciudad es diferente, sólo eso, “pero no es menor o mayor”, dice el entrevistado. De la misma forma, comprar en este tianguis no se reduce al mero acto de comprar, sino implica un acto de reconocer el arte del productor, su creatividad. Las compras y las ventas son el resultado de prácticas de mutuo reconocimiento; vendedores y compradores son gente especial porque en el consumo van más a fondo, saben reconocer significados espaciales en los productos consumidos.

En la metrópoli de Guadalajara cada vez existen más los jóvenes que buscan construir su vida con autenticidad. La interconexión de ciudades hace ver a una demanda que viene de El Salto o de Ocotlán en búsqueda de bienes alternativos. De la misma forma, los turistas que llegan a comprar artesanías representan emblemas de prestigio, pues el turista es un comprador que carga de sentido el bien que compra, no lo hace por su utilidad sino por su representatividad. De eso están compuestos los bienes del tianguis, de una dimensión social que se explica por lo que representan, por el significado que lanzan a los demás en la ocasión de ser puestos, de ser colgados, de ser amarrados al cuerpo, como lo indicaron desde siempre Douglas (1996) y Douglas e Isherwood (1990). Es por eso que la oferta de estos bienes no la puede hacer cualquiera, debe hacerla alguien que esté preocupado y ocupado en el proyecto de una demanda que está en la búsqueda de su autenticidad e identidad. El vendedor es un permanente creativo, nos recuerda Talien Corona (2014). Oferta y demanda interactúan más allá del acto de la venta como tal, en dicha interacción se juega una pedagogía pues cada bien posee un contenido que ayuda a la construcción de tal o cual personalidad. Cada compra es como un rito, se inicia a algunos con información nueva y luego, con el paso del tiempo, sólo se les orienta o se les informa sobre la aparición de un nuevo bien o de un nuevo significado asociado al bien en cuestión, pues cualquiera que se invente permanentemente a sí mismo, siempre requerirá de nueva información. La metrópoli que se proyecta desde esta narrativa nos habla de la autenticidad como el esfuerzo permanente que se debe invertir para lograrla. La juventud es un componente de esta metrópoli que desea construirse en nuevas rutas; menos rígidas y más tolerantes.

Una metrópoli de desapegos generacionales

Una maestra

La metrópoli como los desencuentros generacionales es la narrativa de una maestra de educación básica. El desapego de los padres con los hijos se manifiesta en el poco compromiso con la escuela, por ejemplo. Pero también el hecho de la soltería entre los padres y las madres juega un papel importante para explicar dichos desapegos. Esto significa un debilitamiento de la solidaridad, es decir, los apegos primarios se encuentran desgastados. Y sigue la maestra: “cuando los padres se encuentran desapegados de los hijos, es cuando tratan de sustituir el amor comprándoles cosas”. Asistimos a una sociedad de intensos horarios de trabajo y poco tiempo de ocio para compartir con los hijos. Padres y madres se encuentran trabajando siempre, por eso dejan a los hijos con los abuelos. Esto es muy importante en la narrativa presente, pues si bien la metrópoli se conforma por el desencuentro de las generaciones que conforman padres e hijos (por la necesidad de trabajar muchas horas por parte de los padres o madres solteras), es un hecho que también se produce un encuentro, en este caso, con los abuelos: “es tan visible que en las primarias hemos decidido además de festejar el día de la madre, el día del abuelo”. A la pregunta si algún estatus sufre de manera más fuerte esta situación, la respuesta es contundente: “todos los estratos sufren el mismo desapego y el mismo apego”. En un escenario de desapegos “aumenta la presencia de personas nerviosas”, dice la entrevistada. Refiere a la relación de la melancolía como marca de esta metrópoli, es decir, maestros y estudiantes que contemplan con tristeza el devenir de sus vidas; pero también la emergencia de excéntricos, es decir, niños y maestros que sufren al administrar la frustración (Binswanger, 1956). Los niños del futuro se encuentran sumergidos en una narrativa de nerviosismo dado por la debilidad de los apegos. La narrativa de la maestra es interesante en la medida que vincula su argumento con la emergencia de la violencia. La metrópoli contribuye poderosamente a que la vida en comunidad se disloque, manifestándose en la pérdida del contrato social básico que implica el amor entre las generaciones. De ahí que una labor de las escuelas debería ser la recuperación de la comunidad, pues sólo a través de ella se pueden recomponer las personalidades nerviosas. De ahí la necesidad de tener espacios dignos y maestros con neurosis equilibradas: “la vida del consumo no sustituye lo importante: la comunidad”, dice la maestra.

El residir debe cuidarse en una metrópoli:

Un representante de una colonia

Muchas son las colonias de Guadalajara están siendo afectadas por el crecimiento metropolitano. Las colonias que antes eran consideradas de la alta sociedad ahora encuentran contrastes con colonias de mayores poderes adquisitivos. Es el caso de la colonia Ladrón de Guevara, donde si bien se tienen los servicios garantizados y proveídos con regularidad, es importante no salir del visor de las autoridades, es decir, mantener la visibilidad es un asunto importante en la gestión de la vida metropolitana. Y es que ante la extensión de la metrópoli se corre el riesgo de desaparecer en la medida que se definen nuevas prioridades. Cuidar el entorno de la colonia significa a la vez cuidar el estrato social. Esta colonia es antigua y en la actualidad experimenta un proceso de cambio en el uso del suelo. Las antiguas casas están transmutando en oficinas, por lo que las calles están llenas de autos y los transeúntes siempre son desconocidos. En esta narrativa se define a una ciudad de antes, propia, en la medida en que era nuestra, a otra, la de la actualidad, compuesta fundamentalmente por desconocidos. Antes, en esta colonia, todos se conocían, ahora nadie. Todos son trabajadores que vienen de fuera. Guadalajara es la ciudad de los trabajadores de fuera. Pero también sucede que los foráneos son los peligrosos, de ahí que los saludos entre conocidos se van perdiendo y el temor aumenta al caminar por las calles. Quizás los mayores temores de la sociedad tapatía sean precisamente los desconocidos, es decir, los que no se interpretan como similares.

La colonia Ladrón de Guevara se encuentra en medio de otras dos con distintos estratos sociales. Santa Teresita es una colonia popular llena de comercios de todo tipo; La Providencia, por el contrario, es una colonia de ricos en la que el uso del suelo es exclusivamente para habitación. Señalan que en la Ladrón de Guevara falta un parque, como existe en La Providencia, para ser de clase alta. Y es que de alguna manera los desarrollos urbanos de los ochenta tenían su parque para el disfrute paseante de los vecinos, pero en la actualidad dicho concepto se ha perdido, lo que queda, cuando la oferta inmobiliaria se privatiza, son casas con pequeños lugares para el esparcimiento. En la narrativa del colono se observa que la metrópoli ha perdido calidad de vida en la medida que el espacio público ya no cuenta con esos parques en los interiores de las colonias, hecho que permitía un espacio público para “nosotros los vecinos”. Hay un “ruido”

permanente en las ciudades actuales, pues los parques ya no aparecen en el andar paseante y seguro de sus habitantes. Y es que en la medida que se cuente con lugares de esparcimiento se contrasta con la ciudad que sólo tiene comercios, como es el caso de Santa Teresita, la colonia popular en la otra frontera de la Ladrón de Guevara. Pero ésta tiene un emblema que une a las tres colonias independientemente de su estatus social: “allí se encuentra la iglesia”. En la narrativa de este colono hay una expresión clara: “las ciudades deben hacerse para caminarlas”, el problema es que la metrópoli se encuentra en otra escala, por lo que se deben hacer andadores para disfrutar el pequeño lugar central que corresponde al lugar en el que se habita, vive e imagina la metrópoli.

Cuando se pregunta sobre los habitantes del centro, los de aquel lado de la Calzada, la reflexión entra de inmediato y la respuesta es contundente: “a los pobres se les debe ayudar pero sin descuidar a las colonias consolidadas”, es decir, la ciudad aparece separada por pobres y ricos. La integración se debe hacer con acciones gubernamentales que terminen por apoyar a cada uno en sus necesidades concretas y singulares.

Conclusiones

El objeto de este trabajo fue descriptivo. Se enfocó en siete narrativas en torno a la vida en la metrópoli de Guadalajara. Desde ellas pudimos ver que existen dos aspectos más destacables: 1) la densidad y aglomeración de personas resaltando la otredad entre oriundos y foráneos y 2) el muro invisible que separa a los habitantes del poniente de los del oriente el cual, no obstante, existe en la actualidad como un proyecto a superar partiendo de su reconocida existencia.

Si bien no se puede argumentar que en este trabajo se obtienen la totalidad de narrativas en torno a la metrópoli (pues faltarían las de los indígenas ambulantes, las de los indígenas mazahuas de los establecimientos fijos del centro, las diversidades sexuales y las narrativas de la violencia y el crimen, entre otras), las siete que se consideran manifiestan en buena medida las complejidades de una metrópoli que se erige con preeminencia reconocida en el occidente mexicano.

Se partió de un enfoque urbano considerado por escalas en función de la lógica misma de cualquier espacio urbano: su lógica expansiva. De esta forma la expansión va acompañada de lo heterogéneo y lo diverso. El crecimiento estructural se articula con las conductas individuales. De esta forma se alinean las prácticas en estructuras de acción, de dicha arti-

culación se erigen los componentes estructurantes de toda metrópoli. De esta manera, conviven en la metrópoli distintas escalas urbanas que van desde lo rural hasta la metalópolis, pasando por la ciudad y la metrópoli. La escala rural refiere al asentamiento sedentario con sus propias formas de crecimiento; la escala ciudad a aquella apropiada por todos en la medida de que se puede acceder a ella en un sentido no fragmentado, como es el caso de la metrópoli. No es el caso de la metrópoli de Guadalajara convertirse en magalópolis si por ella entendemos la articulación estructural entre dos metrópolis, más bien, acá, se trata de una región urbana cuya preeminencia la tiene la metrópoli de Guadalajara, a esta difusividad se le puede llamar la metalópolis.

De esta manera se presentan las formas simbólicas de definir a la metrópoli de Guadalajara desde siete narrativas.

El miembro de la Organización no Gubernamental

La ONG resalta la importancia de una metrópoli para articular una región, luego articularla con las metrópolis nacionales y después a las internacionales. La vocación internacionalista es el primer planteamiento. En medio de dicha situación el problema de la integración regional se convierte en un problema que se puede resolver mediante el cambio de vocaciones y la gentrificación del centro de la metrópoli. En esta lógica, Guadalajara aparece como un polo de definiciones regionales, lo cual significa tener la capacidad de articular vocaciones regionales para el desarrollo. Esta centralidad coloca a la metrópoli de Guadalajara como la portadora de las propuestas de desarrollo del occidente, con potencial a articular la costa oeste del país y del continente, como las ciudades del centro del país, específicamente la Ciudad de México.

A la vez, la metrópoli de Guadalajara es para ellos un lugar de encuentros. En su narrativa no se encuentra la palabra desencuentros, sino precisamente su antónimo. La metrópoli es para encontrarse, de ahí la necesidad de recuperar los espacios públicos, pues todos espacio es un espacio de encuentro con la diversidad. En este escenario la existencia de las dos *Guadalajaras* se define por lo antiguo y lo nuevo, dos aspectos importantes para la interacción y los encuentros colectivos. Esa Guadalajara antigua debe, no obstante, cambiar sus vocaciones por una ciudad centrada en el turismo.

El periodista

En el discurso del periodista la metrópoli aparece como una densidad de historias que están por descubrirse y que requieren de la presencia del periodista para ser contadas. Simbolizar la ciudad desde esa perspectiva significa auto colocarse como una vitrina de la queja, pues en buena medida el periodista, en su intento integrar la totalidad *metropolitana*, se convierte en un catalizador del lamento colectivo de las localidades, pues a la vez, los habitantes de cualquier rincón de la *metrópoli* encuentran en el periodista una oportunidad de visibilización.

La labor del periodista se encuentra en la de dar cuenta de la totalidad metropolitana, allí radica su estrés cotidiano. Pero él va más allá, encuentra que las calles de la metrópoli son densas y la movilidad lenta, pero una vez saliendo de ella se puede desplazar con rapidez a los lugares que reclaman ser informados, es el momento en que se toma una región urbana como un universo de historias que contar. En la narrativa del periodista se puede construir la imagen de la *metrópoli*, es decir, aquellas regiones que se encuentran articuladas al devenir de la metrópoli de Guadalajara. La movilidad urbana es para el periodista una demanda de suma importancia en la medida que su trabajo se define por rescatar historias.

Respecto a los dos *Guadalajaras*. El periodista dice que esta dualidad es una riqueza de la metrópoli, pues de esta forma se tiene la posibilidad de crear historias de los más diversos contenidos.

Joven empresario

Desde los empresarios, la metrópoli es un nicho permanente de ideas. La aglomeración genera ideas, pero éstas, para realizarse, requieren de las inversiones. De ahí que una metrópoli garantiza ideas, pero frustradas si no se complementan con la inversión. En esta medida todo debe tender hacia la empresa, es decir, hacia la formalidad de la oferta de bienes. En la misma lógica ecosistémica, dice el empresario, hay una genealogía que comienza con el negocio familiar. Dicho negocio implica la unión familiar para sacar adelante a la familia, pero ahora a las nuevas generaciones les toca trascender el negocio por la empresa, es decir, hacer un plan empresarial que se sostenga por la profesionalización y la evaluación permanente.

Es por eso que el centro y la ciudad de la Calzada para allá, es un caso perdido, o se invierte allí y se emplea a sus usuarios ambulantes de la actualidad, o se deja tal cual se encuentra. Para los empresarios jóvenes, de la

Calzada para allá es nada, espacio vacío, frente a una Guadalajara llena de oportunidades y con un horizonte por llenar mediante la fórmulas empresariales. Lo lleno y lo vacío definen en buena medida las dos *Guadalajaras*.

El comerciante de helados de garrafa

En cambio para el comerciante al menudeo que ha transitado del ambulante al negocio fijo, el centro de la ciudad es un lugar precioso para generarse las condiciones de trabajo diario. Y sin embargo asiste a sus aspiraciones la idea de que los productos del ambulante, para subsistir, deben venderse en los súper mercados, es decir, a las personas que viven del lado de allá..., de la Calzada. La Guadalajara de este lado es un campo de oportunidades para los pobres, la de allá, un lugar al que hay que aspirar a vender los productos propios.

El espacio público para los pobres de la ciudad de Guadalajara (y de todas las ciudades de México en general) es un lugar del cual se puede echar mano, es un sitio a disposición y hecho para el uso de los pobres. En la medida que es de todos se interpreta que se le puede apropiar. En esa misma medida se convierte en una oportunidad para procurarse un trabajo. De ahí que el ambulante sea una opción para los pobres, pues en su articulación de espacio público y trabajo precario se conforma esta configuración social. Sucede así que los que trascienden de ambulantes a fijos se encuentran atrapados entre las responsabilidades fiscales y el ser testigos de la mayor prosperidad de los ambulantes contemporáneos. Hay allí una trampa que hace que el ambulante se convierta en competencia desleal mientras aumenta la apropiación monopólica del espacio público, nos da a entender el vendedor de helados de garrafa.

Comerciantes alternativos

Desde el Tianguis de Guadalajara se resalta la idea de la libertad y la diversidad cultural. Se trata de un sitio de amplio albedrío, abierto a la diferencia y tolerante con la diversidad. Las narrativas de los usuarios de este mercado son fundamentales para entender a la metrópoli como un escenario de modernidad en construcción permanente, pues la construcción de la autenticidad y la originalidad proviene precisamente de esa sociedad moderna que se plantea ante todo la distinción frente a los demás. La reflexividad que implica invertir ideas, creatividad e imaginación en uno mismo para construir la identidad, no es más que un producto de la modernidad, pero a la vez, el factor de convivir con la diversidad cultural hace de este grupo un permanente constructor de autenticidad. Es por eso

que la ciudad dividida no aparece en la narrativa de este sector social, de la juventud en búsqueda y construcción de un estilo de vida alternativo. Las dos *Guadalajaras* son sólo diferentes más eso no hace a una más que a la otra, dice el comerciante para luego enfatizar que las desigualdades son producto de los estereotipos.

Pero mantener un estilo de vida en el libre albedrío no es fácil, pues administrar la libertad siempre corre el riesgo de estar en la mirada de las autoridades que prefieren sujetos alineados, de ahí que se mantienen en el filo de una sociedad que consume alternativamente bajo la mirada permanente de las autoridades.

La maestra de educación básica

La maestra de secundaria con una narrativa corta, precisa y sin adornos, manifiesta un discurso interesante en la medida que hace énfasis en la carencia de los afectos primarios, todo ellos causa de un aumento de las enfermedades nerviosas que pueden derivar en violencias. La búsqueda de comunidad se convierte en el factor más buscado y en esa medida se debe integrar a los pobres en escuelas dignas.

En medio de este nerviosismo social están los desencuentros generacionales, es decir, un debilitamiento de la solidaridad. En este escenario de desapegos emergen las enfermedades nerviosas. Surgen los melancólicos y los excéntricos, personas sufrientes que en la cotidianidad administran sus frustraciones, plataforma susceptible desde la cual emerge la violencia. El contrato social de esta metrópoli se encuentra débil en el lado más delicado, afirma la maestra: en el afecto entre generaciones. Y esa crisis la sufren tanto los habitantes de la Guadalajara de la Calzada para allá como los de acá.

Un residente

Por último, el colono popular enfatiza en el sentir colectivo de que la metrópoli ha dejado de ser de los oriundos o de los similares. Ahora los foráneos y los diferentes son los dueños de las calles. expresión de ello no sólo es que las calles de la colonia se han llenado de extraños sino la intensa cantidad de autos que la transitan, pues las casas, antes dedicadas a la vivienda, ahora han cambiado su uso del suelo para transformarse en oficinas. Con esto se pierde confianza en el andar cotidiano y el miedo refuerza los estilos de vida metropolitanos. Ante esto se hace necesario construir parques públicos en las colonias, es decir, se siente que un indicador que termina por fragmentar la solidaridad vecinal es que el espacio público se ha transformado en espacio para el crecimiento empresarial.

La metrópoli de Guadalajara es sin duda un universo de investigación fascinante que está construyéndose permanentemente. El Valle de Atemajac hoy más que nunca aparece cosmopolita, conflictivo y urbano, pero también interesante en la medida que se ha transformado en un universo de interacciones infinitas. Su estudio narrativo nos lleva a considerar a esta metrópoli como un universo que trasciende a la metalópolis, en la medida que integra en su dinámica a regiones.

Bibliografía

- Aceves, J., De la Torre, R. y Safa, P. (2004). “Fragmentos urbanos de una misma ciudad, Guadalajara”, en: *Espiral*, Vol. XI, Núm. 31, 277-320.
- Alexander, J. (1997). *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis multidimensional*. Gedisa: Barcelona.
- Auge, M. (1996). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa: Barcelona.
- Bauman, Z. (2016). *Vida de consumo*. FCE: México.
- Benjamin, W. (2005). *Libro de los pasajes*. AKAL: Madrid.
- Binswanger, L. (1956). *Tres formas de la existencia frustrada*. Amorrortu editores: Buenos Aires.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. Grijalbo-CNCA: México.
- Bueno, C. (2016). *Configuraciones productivas en la globalización. Trayectorias a la mexicana*. UIA: México.
- Chávez Hayhoe, Arturo. (1953). *Guadalajara en el siglo XVI*, Banco Reaccionario de Jalisco, Tomo I, Guadalajara.
- Corona Ojeda, E. T. (2014). *La supervivencia artística de los jóvenes creadores: Tianguis cultural de Guadalajara, 1995-2011*. El Colegio de Jalisco: Guadalajara.
- Delgado, J. (1991). “Valle de México: el crecimiento por conurbaciones”, en: Miguel Panadero Montoya y Mirosława Czerny (coordinadores). *América Latina, regiones en transición*. Universidad de Castilla, España.
- Douglas, M. (1996). *Estilos de pensar*. Gedisa: Barcelona.
- Douglas, M. y Isherwood, B. (1990). *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*. Grijalbo: México.
- Duhau, E. y Giglia, Á. (2008). *Las reglas del desorden. Habitar la metrópoli*, UAM-Siglo XXI: México.
- Durkheim, E. (1982). *La división del trabajo social*. Colofón: México.
- Garza, G. (2000). “Ámbitos de expansión territorial”, en: Gustavo Garza (Coord.), *La Ciudad de México en el fin del segundo milenio*. Colegio de México y Gobierno del Distrito Federal. México.
- Goffman, E. (1959). *The Presentation of Self in Everyday Life*. Doubleday: Nueva York.
- González Ortiz, F. (2014). *Carnavales metropolitanos. Acción ritual ante el crecimiento urbano. San Francisco Tlalcilcalpan*. UIEM-UAEMex: Toluca.

- Harvey, D. (2005). *El nuevo imperialismo. Acumulación por desposesión*, CLACSO, Buenos Aires.
- INEGI (2015). *Censo de Población y Vivienda*, Aguascalientes, México.
- Iracheta Cenecorta, A. (1992). *Hacia una planeación urbana crítica*. UAEMex: México.
- Lindón, A. (2001). “La modernidad y la subjetividad social; una aproximación a la vida metropolitana”, en: Miguel Ángel Aguilar y Mario Bassols (coordinadores), *La dimensión múltiple de las ciudades*. UAM-I: México.
- Mandelbrot, B. (1987). *Los objetos fractales*, Tusquets, Madrid.
- McCombs, M. y Shaw, D. (1972). “The Agenda Setting, Function of Mass Media”, en: *The Public Opinion Quarterly*, Vol. 36, Núm. 2, USA, 176 -187.
- Nivón Bolán, E. (1998). “De periferias y suburbios, territorio y relaciones culturales en los márgenes de la ciudad”, en: García Canclini, N. (coordinador), *Cultura y comunicación en la Ciudad de México. Modernidad y multiculturalidad. La Ciudad de México a fin de siglo*. Grijalbo-UAM-I, México.
- Parsons, T. (1987). *La estructura de la acción social*, Guadarrama-FCE, México.
- Reguillo Cruz, R. (2005). *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*. UIA-ITESO: Guadalajara.
- Ruiz Olabuénaga, J. I. y Izpizua, M. A.. (1989). *La decodificación de la vida cotidiana. Métodos de investigación cualitativa*. Universidad de Deusto: Bilbao.
- Sassen, S. (1999). *Ciudad global, Nueva York, Londres, Tokio*. Eudeba: Buenos Aires.
- Serrano Moreno, J. (2002). “De megalópolis a metápolis, de metápolis a metaregión, ¿futuro de la región centro?”, en: Delgadillo Macías, J. e Iracheta Cenecorta, A. (coordinadores), *Actualidad de la investigación regional en el México central*, CRIM-UNAM, El Colegio Mexiquense, El Colegio de Tlaxcala, Plaza y Valdés: México.
- Soja, E. W. (2001). *Postmetropolis, Critical Studies of Cities and Regions*. Blackwell: USA.
- Tavares dos Santos, J. V. (2012). *Violencias e conflitualidades*, Tomo editorial, Porto Alegre.
- Tilly, Ch. (2000). *La desigualdad persistente*. Manantial: Buenos Aires.
- Weber, M. (1988). *Economía y sociedad*. FCE: México.
- Wirth, L. (1988). “El urbanismo como modo de vida”, en: Bassols, M. et al. *Antología de sociología urbana*. UNAM: México.



Recibido: 31 de julio de 2018 Aprobado: 10 de septiembre de 2018